

El sujeto fiel en la educación del acontecimiento

The faithful subject in the education of the event

Miguel Ángel Olivo Pérez¹

Resumen

En medio del renacer de nuevos radicalismos con aires de cambio en los últimos años, la filosofía de Alain Badiou se ha mostrado capaz de ser recuperada como una praxis de combate contra las inercias ideológicas a partir de la universalización de las verdades emergidas en situaciones locales singulares. Educar en tal sentido exige una militancia de vida centrada en la lucha contra cualquier cosa que evite hacer el bien, así como la superación de una noción simplista de libertad que tiende a hacer abstracción y homogeneizar en un mismo plano la elección entre alternativas.

Palabras clave: sujeto, acontecimiento, verdad, educación, ideología.

Abstract

In accordance with the new aspirations of change in recent years, Alain Badiou's philosophy has been able to be recovered to fight against ideological inertia. The central idea that makes this possible is the universalization of the truths that emerged in singular local situations. Education in this sense means learning to overcome anything that goes against the most appreciated values of human beings. It is also necessary to overcome the simplistic conception of freedom based on the abstraction and homogenization of the act of choosing between alternatives.

Keywords: subject, event, truth, education, ideology.

Recibido: 03/03/2024

Aceptado: 08/04/2024

¹ Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional, actualmente Director de la Unidad 096 UPN CDMX Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología por El Colegio de México. Premio Nacional de Investigación laboral, 2006. Entre sus libros publicados pueden destacarse: "El impasse del sujeto. Badiou, la sociología y la modernidad", y "Teoría sociológica del intervalo", ambos por la editorial Gedisa. Correo electrónico: miguelangelolivo@hotmail.com

1. **Combatir la realidad como fetiche.**

Uno de los principales errores de las ideologías de la emancipación, es concebir a los posibles sujetos que supuestamente han de llevar a cabo el cambio, como esencias cuya manifestación fenomenológica es constante. Llámese proletariado, campesinado, jóvenes, mujeres, indígenas, etc., difícilmente se logra concientizar que no hay lugar ni sujeto fijo que ha de realizar el cambio, sino que cuando se habla de “agentes del cambio” se trata de una abstracción donde la composición de elementos que han de favorecer el cambio, es teorizada de diferentes maneras, todas las cuales han asegurarse que el agente empírico, visible que impulsa el cambio emancipador, es sólo algo casual o heterogéneo al asunto, pues lo más importante es el cambio; quién lo ha de realizar y desde dónde, tiene importancia no tanto por las particularidades, sino por las singularidades a partir de las cuales se potencia la acción. En el extremo de quienes reniegan del cambio y su posibilidad, hablar de sujeto es caer en la metafísica. Otros detractores sostienen que en lo fundamental las masas que conforman los pueblos son sujetos pasivos susceptibles de manipulación o modelación por parte de las políticas estatales y las industrias publicitarias de los mercados capitalistas. Sin embargo, ser sujeto no equivale a ser pasivo. Tampoco conlleva ser dependiente, ni ser un apéndice, ni tampoco un parásito. Como se verá a lo largo del presente trabajo, el sujeto no se reduce a la expresión fenomenológica de un cuerpo-individuo o una persona con ciertas características. En este trabajo se recuperará la idea planteada por Alain Badiou de que ser sujeto es entrar en una relación fiel con el acontecimiento y su verdad. Esto implica que, para empezar, no existe sustancia ni entidad hipostasiada que plantear, definir o buscar, sino una filosofía capaz de reconstruir retrospectivamente las condiciones para ser sujeto, y de allí también una filosofía que participe en los protocolos de discusión acerca de lo sucedido en un acontecimiento en donde surge el sujeto, o bien, para favorecer ser sujeto fiel a los acontecimientos de verdad. Comprender mejor esta perspectiva, exige efectuar un rodeo donde uno de los principales puntos de referencia es cómo se constituye la ideología, especialmente la formada por las creencias básicas de todos los días acerca de cómo funcionan las cosas en la sociedad y sus instituciones.

La ideología de sentido común se va elaborando y formando a través de un complejo proceso de elaboración simbólica e intelectual por parte de diversos actores y procesos forjados desde el poder constituido. Entre más incuestionada y espontánea sea la manera en que la ideología se nos impone, más difícil será darse cuenta de su carácter de clase y del poder de dominación ejercido a través de ella. Develar lo real de la realidad o cuestionar la ideología, conlleva horadar la percepción de ella como algo objetivo en el sentido de una cosa públicamente fija, clara y adecuada para todos. Toda ideología es defendida y sostenida por un discurso que constantemente, por diversos medios, nos re-presenta la realidad como conveniente, a manera de ocultar a la vista su carácter construido de clase y lo real del movimiento de la realidad social incentivado por los acontecimientos: por *lo que sucede* en el transcurso de los hechos que vivimos a diario. Lo real resulta ser entonces, la piedra de toque clave para poder cuestionar los discursos. En este sentido, la tarea de la filosofía es plantear preguntas a todo

discurso de la verdad orientándose por la intuición, el sentido práctico y el semblante de lo real. Así, la pregunta filosófica de lo que excede a los discursos, conlleva la preocupación por lo real de la verdad de los acontecimientos subyacentes a los discursos.

De acuerdo con Balibar (1995, p. 7) la tarea de la crítica ideológica debe explotar la fecundidad de retroalimentar la equivocidad de la verdad y la inquietud de la ideología. Cuando se habla de equivocidad de la verdad, se apela a aquel tipo de verdad que no peca pero incomoda, misma que suele hacerse mucho más visible por sus consecuencias que por sus causas. Para los amantes del orden, las verdades de este tipo inducen a la sedición, son odiosas. Y para quienes aman ser claridosos con las verdades del mundo, la pasión por lo real de los acontecimientos les conduce a inconformarse con el mundo tal y como es, a manera de constituirse en el motor del cambio conducido hacia lo que apuestan que será un futuro mejor.

En las costumbres del habla cotidiana del español en México, suele decirse “no vas a descubrir el hilo negro” cuando alguien que intenta aportar algo nuevo es de pronto objeto de crítica y muchas veces hasta de represión, cosa que ciertamente sucede mucho más de lo que comúnmente se sospecha en las instituciones educativas. Tristemente en nuestro país prolifera también la frase “no hay nada nuevo bajo el sol” para momentos parecidos en que cuando la originalidad y la invención son ensayadas, se les intenta asesinar de inmediato. A tales retractores de las ideas nobles de sujeto y emancipación, ignoran el verdadero significado de la actualización, así como la importancia de convertirnos en contemporáneos de nuestro tiempo. Fingen actuando como si la realidad fuera como una pared compacta sin resquicios, entresijos o cuarteaduras donde el cambio, la novedad, la singularidad y la originalidad pudieran colarse.

Aun cuando desde la revolución francesa en los programas idealistas de occidente se hayan plasmado y transcurrido más de dos siglos de educación libertaria, sigue persistiendo con férrea imposición la creencia de que lo que se enseña en las escuelas debe de limitarse a señalar el lugar previsto que deben de ocupar los individuos en el orden social y político. Lo que es peor, se pretende hacer pasar como imposible la creatividad e innovación para las personas comunes, o sea, para la mayoría de las personas, so pena de ser sancionadas por atreverse a ser diferentes saliéndose de la norma y de las convenciones aceptadas, a manera de confinarse en la conformidad cual monótonas piezas de engranajes en la totalidad del mecanismo social.

Por lo anterior es por lo menos curioso, irónico y hasta paradójico, que Herbert Spencer, uno de los primeros sociólogos surgidos durante el siglo XIX, habiendo recurrido a la metáfora organicista de la evolución de las especies para pensar la sociedad—algo que a primera vista invitara a una especie de sociología asfixiante de las estructuras—, sea precisamente el mismo que haya escrito que “la conducta humana tiene por móvil a la vida más intensa, más larga y más variada” (cit. en Guyau, 2003, p. 5). Tanto o más sorprendente resulta que, junto a la defensa de la intensidad de la vida, es decir, del goce de la curiosidad, las finezas de la contemplación, la observación, la experiencia y en general la pasión del interés por sus secretos, al mismo tiempo ¡haya defendido la creencia en el progreso! Estas ideas de Spencer, empeñadas en la defensa de la libertad ínsita en la pasión por los detalles, traspasan el tiempo y llegan como un eco hasta nuestros días. De hecho, se encuentran muy lejos de las ideas preconcebidas que lo ubican a secas como un organicista a ultranza, quien supuestamente atentó contra el principio de libertad. Por algo se le ubica como uno de los clásicos de la sociología, pues su tesis de la adaptación rebasa el simplismo al atreverse a confrontarla con los momentos de potenciación de energía.

Por supuesto, la pasión de Spencer por el interés y la curiosidad, merece ubicarlo en las antípodas de la conformidad. Más aún: cabe suponer que su anhelo por el progreso haya sido precisamente la causa por la que se inconformaba y hasta se desesperaba por las cosas tal y como estaban en sus días. Para el caso que aquí atañe es necesario destacar que vivir la vida intensamente, necesariamente conlleva ir más allá de la realidad convencional a manera de atreverse a internarse en lo que Stavrakakis (2010), siguiendo con ello a Jacques Lacan (2011), llama lo real. Dicho sea de paso, la capacidad para internarse en lo real quizá sea la nota más distintiva por la que se les puede reconocer hoy a los clásicos.

Lo real, habiéndose pretendido durante mucho tiempo como algo propio y exclusivo de la realeza, ha solido ser visto como casi sinónimo de vida intensa; y para las mentes retrógradas, conservadoras, la vida intensa no la pueden llevar a cabo los pobres, sino sólo los ricos. Por ello se le llama realeza, porque se supone que sus miembros saben vivir la vida intensamente en su real. No es de extrañar, por tanto, que expropiaciones como la enajenación de la capacidad para asombrarse, vivir la vida intensamente y apasionarse por los detalles del mundo, no sólo desde una contemplación sino a partir de la intervención activa, haya sido históricamente objeto de gran ocupación por parte de quienes detentan las mayores cuotas de poder político y económico. De otra forma ¿Cómo pudiera ser posible la centralización del poder? ¿O la existencia de los reyes o de Dios mismo como centro del universo?

Más allá del fenómeno político de la expropiación de lo real en las mentes de los pobres o del vulgo del pueblo, llama la atención la creciente fetichización del tiempo y del dinero como equivalentes de la felicidad, como si los tres pudieran ser intercambiados libremente en el mercado en el momento que se deseé.

2. La pasión por lo real y la verdad del acontecimiento

Ser capaz de vivir la vida intensamente aventurándose a los entresijos de lo real del acontecimiento, o como señala Silvano Petrosino (2001), con una constante e infinita capacidad de asombro, exige una educación en el sentido amplio del término, es decir, no limitado a ámbitos o instituciones educativas como la familia o la escuela, los maestros o los padres. Aunque no es el caso excluir a estas entidades de tal tipo de educación, es preciso señalar la importancia de incorporar el sentido de lo real y la verdad contenida en el acontecimiento, como una constante militancia incorporada a lo largo de la vida. Tan crucial resulta tal acto, que sencillamente sin él sólo queda el abismo que hay detrás de la falsa lucidez beata de vivir el presente con base en las evidencias de lo que hay aquí y ahora (Rodríguez y Olivo, 2023); o sea, haciendo, fingiendo ver las cosas como si ya todo fuera perfecto. Se trata de una complacencia excesiva, de una:

“...satisfacción ante toda realidad[...]desde el político respeto a todo poder, resignación pasiva, represión voluntaria de todo sentimiento del derecho y, por consecuencia, del deber. Si todo lo que existe está bien, no es preciso cambiar nada, no es preciso querer retocar la obra de Dios, ese gran artista. De la misma forma todo lo que sucede está igualmente bien: todo acontecimiento se justifica, porque forma parte de una obra divina acabada en sus detalles. Se llega así no sólo a la excusa, sino a la divinización de toda injusticia. Nos asombramos, hoy día, de los templos que los antiguos elevaban a los Nerones y a los Domicianos; ellos no solamente rehusaban comprender el crimen, sino que lo adoraban ¿Hacemos otra cosa nosotros cuando cerramos los ojos respecto a la realidad del mal en la tierra, para poder declarar

inmediatamente divino a este mundo y bendecir a su autor? [...]El optimismo beato, es un estado análogo al del Estado que se siente feliz, al del enfermo que no siente su mal [...]La caridad misma, para subsistir, tiene necesidad de creer en la realidad y en la indignidad de las miserias que socorre; si la pobreza, el dolor, la ignorancia (bienaventurados los pobres de espíritu), si todos los males de este mundo no son verdaderamente males, y en el fondo, injusticias, absurdos de la naturaleza ¿Cómo podría la caridad conservar el carácter racional que es la condición de existencia de toda virtud? Y ¿quién valorará nuestro mundo que imagináis como una obra de caridad, de bondad absoluta y todopoderosa, cuando la caridad se extinga como una llama sin alimento?” (Guyau, 2003, p. 7)

Estamos hablando del nihilismo de un espíritu conformista, plácidamente encajado en el auto-regocijo estético de los que tienen y en el consumismo defectuoso (Bauman, 2017) de los que poco o nada tienen, ambos sumidos en la inercia de las mercancías-sujetos en medio de un mundo de humanos-objeto (Latour, 2007), cuya baja moral puede hacerse visible a partir de los juicios que se desprenden desde una mirada política. Así, ya desde mediados del siglo XIX Carlos Marx juzga duramente:

“¡Qué espectáculo! La subdivisión progresiva al infinito de la sociedad en las más variadas razas, que están una frente a la otra con pequeñas antipatías, mala conciencia y mediocridad brutal, y que, por su misma recíproca situación equívoca y sospechosa, son tratadas todas ellas por sus amos como entes que existen por concesión, sin distinción alguna entre aquéllas, aunque con diversas formalidades. ¡Y deben reconocer y considerar como una concesión del cielo también el ser dominadas, gobernadas y poseídas!” (1968, p. 10).

No por casualidad la divisoria fundamental entre la política y lo político ha dado pie a las dos tendencias principales en la teoría política de hoy. La que se propone conservar el *statu quo* y la que persigue el cambio. La primera se queda con el concepto de verdad positivista y objetivista, donde lo central es pretender sostener el carácter fijo de la realidad toda sin fisuras y a-problemática, manejada por expertos de elite y padecida por vulgos del pueblo. Mientras que la segunda valora el pueblo y sus capacidades, lo cual hace en desprecio de los elitismos. Pongamos dichas opciones en forma de variables: Se tiende a concebir como activos-valiosos los de “arriba” y pasivos-pobres los de “abajo”, pero se puede plantear su antítesis: devaluados los de arriba y revalorados los de abajo. El caso es que la ortodoxia política históricamente predominante en occidente no puede evitar asociar en forma de tendencia general la asociación básica pobres-pasivos. Para empezar, ya plantear una prescripción resulta inmoral. Por esto en las líneas siguientes será importante enfatizar el carácter de apuesta de la defensa de alguna de las opciones de combinaciones de las variables señaladas. El deseo de Spencer de una vida intensa, larga y variada va mucho más allá de una mera prescripción. El enfoque de la educación en el acontecimiento se empobrecería mucho si solamente se pretendiera ver en él una receta más para prescribir un comportamiento moral. Por mucho que parezca adecuado, la moral se vuelve más inmoral mientras más pretenda imponer un determinado “deber ser” a los seres humanos. En el caso de autores como Jean-Marie Guyau y el propio Alain Badiou, lejos de pretender imponer una determinada idea o práctica del bien, ambos autores advierten la importancia de reservar al libre criterio, conciencia y voluntad de cada persona, la búsqueda y determinación de los valores y metas

que se propongan. Lo que está en juego más bien para estos autores es ni más ni menos que la capacidad para crear mundo a partir de una apuesta fundamental por cambiarlo para bien, aprovechando que los acontecimientos constituyen el punto nodal a partir del cual las coordenadas de la situación indeseada pueden cambiar. Si no hay una visión ni un sentido del vivir intenso que implica lo real, entonces no hay capacidad para concebir acontecimientos, ni tampoco posibilidad de aspirar a un mundo mejor, ni de apasionarse por su posibilidad desde el riesgo que conlleva apostar en él. Parafraseando el título del trascendente ensayo que escribió Guyau en 1884 (o sea, hace 139 años), puede decirse que una moral se torna más auténtica en la medida en que su despliegue se efectúa sin sanción ni obligación (Guyau, 2003)

A partir de lo anterior, puede advertirse que la actitud ante el acontecimiento implica una moral que, si se desea elevada, exige la capacidad de ver y promover el cambio positivo a través de los entresijos de lo real. Pero dicha visión e iniciativa debe de admitir el necesario carácter de apuesta involucrada en cualquier acción que se proponga determinado bien. En este tenor, el *quid* de la cuestión es cómo, a partir del juicio que nos brinda la condición práctica singular de estar involucrado en una determinada situación, podemos lanzar dicha apuesta por un mundo mejor, posibilitado a través de lo que aventuramos considerar como un acontecimiento con su propio real de apertura a un mundo nuevo.

Ahora bien, el párrafo anterior contiene al mismo tiempo mucho más complejidad y sabiduría de lo que se podría advertir a primera vista. De aquí la importancia de defender los axiomas que sostiene. Para ello, despleguemos primero por partes sus componentes:

- a) El acontecimiento
- b) El cambio
- c) Lo real
- d) El bien
- e) La apuesta

La composición a partir de estos componentes básicos queda de la siguiente forma que da lugar al axioma primigenio:

Apostar por el cambio para bien a través del acontecimiento

Despleguemos entonces, el axioma con relación al componente de la apuesta, pues para las ideas aquí planteadas, resulta indispensable recalcar el carácter libre de las ideas aquí sostenidas en defensa de la educación en la militancia del acontecimiento.

Es preciso y moralmente superior concebir la apuesta como irreductible. La apuesta debe ser defendida siempre en su apertura y a la mano de su efectucción para cualquiera. Dicho carácter de apuesta corre siempre el constante riesgo de ser eliminada por imposición dogmática o por el libertinaje permisivo. Así, no es de extrañar que para ambas tentaciones la frase de Guyau “una moral sin sanción ni obligación” parezca un contrasentido o un imposible. Pero es perfectamente realizable. El mismo Guyau (2003, p. 4) plasma el imaginario de la posibilidad de una moral respetuosa de la libertad, a través de la metáfora del ascenso del pensamiento por una montaña hasta alturas donde las nubes instaladas precisamente antes de la cima, no permiten ver el camino, haciéndose de pronto necesario e indispensable efectuar el salto a la apuesta por seguir el camino correcto hacia la cima, sin más armas que la intuición y capacidades prácticas nacidas de la situación singular en que nos podamos encontrar. Esta misma perspectiva también se puede expresar en que somos libres de efectuar el salto desde la antifilosofía (dominada por la vida práctica, lo observable,

el trabajo de todos los días, etc.), hacia las alturas de la filosofía, o viceversa, sin por ello caer en incongruencia, pues se tiene la honradez de reconocer la zona necesariamente invisible que existe entre una y otra. Es como los agujeros negros que propuso Einstein como portales entre dimensiones, algunas de ellas desconocidas (Lamúa, 2023, p. 12).

Por su parte, vale la pena señalar que si bien la apuesta por la educación en el acontecimiento es algo que se ofrece libremente a cualquiera, ello no sucede ni debería de suceder a la manera de una libre elección en el vacío, sino a partir de una asunción informada por la experiencia. Por lo anterior, la apuesta tiene dos fases: una teórica forjada por la asimilación del axioma fundamental antes señalado, y otra práctica, misma que en el mejor de los casos se encuentra formada por el ejercicio de, a través de las experiencias de la vida, derivar, afinar y consolidar teoremas del axioma fundamental. En otras palabras, los datos no deben de ser lanzados ignorando las condiciones en que se efectúa la apuesta, sino precisamente explotando las posibilidades de forzamiento que nos ofrecen las verdades para transformar las coordenadas de la situación en pro de un mundo mejor, o dicho de manera más precisa, en beneficio de la aparición de un mundo menos bárbaro.

3. La educación en la militancia del acontecimiento

En los tiempos de hoy, en que el libertinaje más que el totalitarismo ha encaminado a nuestra civilización a la barbarie, pudiera parecer completamente normal y natural recomendar una filosofía como la de Badiou, dejando a la “libre” y “soberana” voluntad de cada uno, la cuestión entera de su adopción y lo que se sigue de sus consecuencias. Con ello, el individualismo egoísta entra por la puerta de atrás creyendo que se le había despedido por la de adelante: la metafísica de la libertad queda intacta, pues se supone que la responsabilidad de la fidelidad al acontecimiento queda en manos de cada individuo. En otras palabras, pudiera parecer que en cada acto de recomendación-adopción de la filosofía del acontecimiento, el individualismo egoísta se reprodujera, e incluso se promoviera, pues pareciera que no sólo la “libertad” de cada cual se mantuviera intacta, sino además también el cómodo encaje entre la filosofía del acontecimiento y la irresponsable libertad promovida por el orden capital-parlamentarista. Sin embargo, como se verá a continuación dicha complicidad es producto de una visión simplista de la filosofía del acontecimiento.

Si bien por un lado Badiou es muy claro en señalar el carácter de apuesta subjetiva de cada máxima (es decir, del axioma adoptado después de que el acontecimiento-verdad se haya advertido, sin garantías de que éste, por sí mismo, vaya a asegurar el camino hacia la fidelidad al acontecimiento), por otro lado, en su segundo tomo de *El ser y el acontecimiento* intitulado *La lógica de los mundos* (2008) y de manera especial en su *Segundo manifiesto de la filosofía* (2010) es enfático al señalar, a través del desarrollo de su fenomenología de la aparición del acontecimiento y sus consecuencias, la permanente posibilidad de la gradual desaparición de la ciega homogenización de los elementos que componen una situación. Así, alude al ejemplo de un racimo de plátanos que, visto desde lejos, no se pueden advertir los detalles de las manchas cafés o del grado de madurez de cada plátano: sólo se ve un solo racimo verde o medio amarillo, o amarillo, pero conforme nos vamos acercando las manchas cafés o color verde o amarillo de cada plátano pueden verse claramente. Así igual sucede con la abstracción homogeneizante de la libertad; únicamente si nos detenemos a observar con cuidado los detalles sobre los componentes de la situación en que tomamos decisiones, podemos valorar los grados de libertad ante cada posible acción y las posibilidades que tenemos de establecer y seguir los teoremas derivados de las acciones.

Podemos advertir entonces que una de las grandes dificultades para tanto comunicar la filosofía del acontecimiento como impulsarla a nivel práctico, reside en vencer la visión ideológica simplista de la libertad en abstracto, a manera de sustituirla por las diferenciaciones entre tipos de situaciones y sus detalles, donde cada cosa va adquiriendo relieve y si es necesario se invierten esfuerzos en dividirla en sus componentes con el fin de poder tomar una mejor acción acorde con los compromisos adquiridos previamente con el axioma fundamental y teoremas por los que hemos apostado; sólo así será posible valorar qué tanto en realidad hemos podido adherirnos congruentemente con los acontecimientos de verdad.

Nunca será suficiente remarcar el hecho de que la ideología hoy hegemónica presiona constantemente en nuestras mentes para que el fetiche de la abstracción homogeneizante del medio en que se efectúan las apuestas por los acontecimientos de verdad, se reproduzca constantemente. Dicho peligro y a la vez obstáculo para la filosofía del acontecimiento, se hace especialmente patente ante lo seductora que resulta la idea del individuo flotante común sólo cuerpo-mente-persona en un ficticio e irreal espacio vacío. Es decir, en medio de una circunstancia donde aparentemente todo es homogéneo y no existen unos principales obstáculos y otros secundarios, tampoco preferencias por unas personas por sobre otras de alrededor que faciliten la militancia o no, etc., pues en nuestra ideología de sentido común predominante del libertinaje de hoy en día suele hacerse abstracción de los detalles y poderes que limitan nuestra libertad. Asimismo, cabe recalcar que el significativo peso de la mencionada ideología de la abstracción homogeneizadora de los medios de la libertad nos presiona casi de manera inconsciente a ignorar la importante tarea de observación atenta de los detalles de las circunstancias concretas que vivimos para empezar a formular los teoremas que se derivan del axioma fundamental y que se supone irían a ayudarnos en la forja de la militancia a los acontecimientos de verdad.

Ahora bien, una vez que: a) nos hemos convencido de la conveniencia de adherirnos fielmente a un acontecimiento efectuando apuestas por axiomas y elaborando teoremas que orienten nuestras acciones, y también una vez que b) estamos dispuestos a ejercitar la atención teórica y práctica a los detalles de las circunstancias que nos rodean, es preciso c) quede claro que la motivación para seguir tal camino tenga el absoluto carácter de una amable invitación, así como una atenta exhortación exenta de toda coerción y por el contrario, nazca del más espontáneo sentimiento y convicción de que la defensa de la verdad del tipo que no peca pero incomoda, abre oportunidades para un mundo mejor.

Cabe desarrollemos este tercer punto ¿De qué forma se abren tales oportunidades para un mundo mejor? Por supuesto no es por el número de adeptos como si de una iglesia se tratara, pues hablamos de una filosofía, que por sí misma no cambia nada, sino a lo más que llega es a aclarar las condiciones y a establecer los protocolos de discusión de las conveniencias romper ciertas coordenadas de la situación en favor de otras más acordes con las verdades de acontecimientos. Se trata de mediante el estudio de dichas condiciones y protocolos, favorecer disposiciones a formar estructuras de experiencia liberadas. La meta la proporciona el mismo Badiou en su libro *Justicia, Filosofía y Literatura* (2007), donde señala la imposibilidad de decir qué es el bien, la libertad, la justicia, etc., y por el contrario, es luchando contra las cosas que los impiden como mejor se contribuye a lo que llamamos valores. O sea, es advirtiendo los desequilibrios y combatiéndolos como mejor se pueden elaborar las máximas de fidelidad a los acontecimientos.

Por lo tanto, este último tercer inciso “c” se puede resumir como sigue: la apuesta por la lucha contra los negativos de los valores positivos, conlleva atender mejor los contenidos en los

cuales mediante la formulación y refinación de teoremas, ejercitamos la fidelidad a los acontecimientos cada vez con mayor efectividad, desde los lugares que tenemos la fortuna de localizar y participar en la universalización de los acontecimientos por los que apostamos nuestros esfuerzos.

A estas alturas habrá podido advertirse que el carácter de libre decisión por la adopción de la filosofía del acontecimiento, es en el fondo un encuentro no casual con la gracia del infinito de la apertura del mundo para algo mejor, mismo que está disponible para cualquiera. O sea, en su elección juega el máximo de democracia conducente a lo común. Si por comunismo entiende algo en común, es el máximo de participación en lo que atañe a todos en ciento seres singulares y al mismo tiempo universales.

El enunciado anterior implica un íntimo compromiso a partir de involucrarse en un acontecimiento, donde el universal exterior y lo singular interior coinciden. Esto es muy diferente a cualquier “invitación”, pues se trata de un encuentro con algo que es exterior a uno y se descubre como lo más interior (el *extimo*, diría Lacan). En este proceso de encuentro grácil podríamos suponer que algo que estaba desde siempre dentro de nosotros brota a manera de mostrarnos dispuestos a participar en eso algo superior a nosotros y cualquiera llamado universal, y que sólo el atrevimiento del matema puede compensar y facilitarnos evitar lo que de religioso pudiera tener dicho encuentro, para en cambio adentrarnos en la ontología como forma razonada de entender el encuentro con el acontecimiento y la disposición de fidelidad al mismo.

Nuestro cuerpo y nuestra persona, con sus atributos físicos y constituciones de personalidad particular, en el momento del acontecimiento en que participamos, no son más que materialidades y manifestaciones particulares de ellas al servicio del encuentro con la verdad que nace. La gran lección de humildad ínsita en la propuesta de Badiou, se hace presente de manera especialmente intensa en la proposición de que ser sujeto consiste en la participación en el trascendente vuelto extimo aparecido en el acontecimiento y sus consecuencias, y no en un conjunto de cualidades individuales interiores. Es desde este punto de vista que la militancia debe de entenderse como la consistencia y constancia en lo apostado certero (que sólo a posteriori se puede valorar en sus justas dimensiones) ejercido a través de sucesivas acciones impulsora de las verdades, como dice Badiou apelando esta vez a Pablo: anunciándonos como testigos de una manifestación y a la vez como encarnaciones, muy posiblemente contingentes pero agraciados, de los acontecimientos de verdad.

Conclusiones

El medio ideológico egoísta individualista propio del capital parlamentarismo hoy hegemónico, propicia que cualquier propuesta filosófica que apunte a trascender dicha ideología, se inhiba reduciéndola a una mera propuesta en un medio plural de otras propuestas a elegir por cada individuo en un medio abstracto homogeneizante y simplificador de las situaciones desde las cuales se juega la adhesión a alguna militancia filosófica y práctica. En marcado contraste con tal reduccionismo, el atrevimiento de mirar a la apertura de otros mundos mejores que se pueden dar a partir del quiebre de las coordenadas de lo que hay, transforma por completo el simplismo de un individuo que elige entre alternativas en medio de una situación vacía y abstracta, para en cambio mostrar la intensidad de vida presente en lo real de lo que evita lo peor en apuestas certeras de acontecimientos de verdad.

Educación en tal tipo de militancia puede tener muchas dimensiones cada una con sus propios caminos que han de forjarse, pero todas coinciden en que se parte no tanto de una invitación

simplista como de un encuentro con algo primigenio y a la vez se convierte en un destino. Pudiera parecer que sólo se apostó en algo que “ganó el corazón”, pero ante esta objeción se puede plantear que, al igual que el encuentro con los aparecidos en el ejemplo del racimo de plátanos, o mejor aún con la “caballeidad del mundo” (Badiou, 2008, p. 34) o el deseo de hogar, los aparecidos en el acontecimiento conlleva la posibilidad de sentirnos atraídos a gravitar en lo que de verdad allí se presenta.

La tarea de educar en el acontecimiento rebasa los marcos institucionales para instalarse en las posibilidades de extimos, entendidos como encuentros interiores y a la vez exteriores con los acontecimientos de verdad, a partir de la humildad de participar con el máximo de democracia en lo grandioso de lo singular fundido con lo universal. Esta perspectiva humanista, como ya es sabido, más que ser académica o ser propia de alguna disciplina específica, es una propuesta de vida en el más amplio sentido de la palabra. Sin temor a equivocarnos podríamos hablar de una metafísica de la felicidad en la que se plantea el reto de descubrir a la vez que construir y adoptar lo verdadero y real de nuestras vidas a través de los encuentros y los compromisos.

Referencias bibliográficas

- Badiou, A. (2007). *Justicia, Filosofía y Literatura*. Buenos Aires: Homo sapiens.
- Badiou, A. (2008). *La lógica de los mundos. El ser y el acontecimiento II*. Buenos Aires: Manantial.
- Badiou, A. (2010). *Segundo manifiesto por la filosofía*. Buenos Aires: Manantial.
- Balibar, E. (1995). *Nombres y lugares de la verdad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bauman, Z. (2017). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Guyau, Jean-Marie (2003). *Esbozo de una moral sin sanción ni obligación*. Antorcha Biblioteca Virtual. Recuperado el 25 de octubre de 2023 de:
https://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/filosofia/guyau/guyau_presentacion.html
- Lacan, J. (2011). *Seminario: el sinthome*. Barcelona: Paidós.
- Lamúa, A. (2023). *Los secretos del infinito*. Madrid: Loft Librero.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. México: Siglo XXI.
- Marx, C. (1968). *Introducción a la filosofía del derecho de Hegel*. Buenos Aires: Claridad.
- Petrosino, S. (2001). *El asombro*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Rodríguez, J. y Olivo, M. (2023). Subvirtiéndolo la vida como lo que hay. Una lectura de la (bio)política desde Badiou y Foucault. En Rodríguez, et. al. *La actualidad de la biopolítica. Reflexiones desde Michel Foucault*. Lima: LIFAPE y TOCAPU editores.

Stravakakis, Y. (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.